

Redes de sindicalismo «movimientista» en el Cono Sur: algunas conexiones argentino-uruguayas

Mónica B. Gordillo¹

Resumen

El artículo intenta mostrar la existencia de relaciones entre algunos dirigentes sindicales argentinos y uruguayos, con la intención de construir una alternativa al sindicalismo tradicional dentro de lo que la literatura denominó *sindicalismo de movimiento social*. Sostengo como hipótesis que ciertas redes tejidas durante la oposición a las dictaduras sobrevivieron en democracia y sirvieron para repensar el modelo sindical. Una de ellas fue la constituida en torno a la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), que habría servido de apoyo económico y nexo entre dirigentes argentinos y algunos de los que formarían el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT). Partiré de reconocer a algunos referentes y trayectorias sindicales que remontan en todos los casos a experiencias de confrontación con las dictaduras, y de especificar las propuestas y marcos de sentido compartidos así como sus estructuras movilizadoras.

Palabras clave: transiciones, redes sindicales, Uruguay, Argentina.

Abstract

This article try to show the existence of relations between some Argentine and Uruguayan trade union leaders, with the intention of building an alternative to traditional syndicalism, within the literature called social movement syndicalism. I hypothesize that certain networks woven during opposition to dictatorships survived in democracy and served to rethink the union model. One of them was organized around the Latin American Central of Workers (CLAT), which would have served as an economic support and link between Argentine leaders and some of those who would form the Inter-Union Workers' Plenary (PIT). I will start from recognizing some references and union trajectories that go back in all the cases to experiences of confrontation with the dictatorships; specifying the proposals and shared sense frameworks as well as their mobilizing structures.

Keywords: network union, transition, Uruguay, Argentina.

¹ Instituto de Humanidades (IDH), Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

Introducción

La creciente activación de los sectores populares en los países del Cono Sur de América Latina, a partir de la segunda mitad de la década del sesenta, comenzó a limitar las expectativas de acumulación de las burguesías nacionales y transnacionales propiciando la imposición de distintos tipos de regímenes burocrático-autoritarios (O'Donnell, 1982), que culminaron luego en sangrientas dictaduras en la mayoría de los países. El primer ensayo tuvo lugar en Brasil en 1964, seguido por el golpe de Estado de Onganía en Argentina en 1966, luego en Uruguay, en junio de 1973, y también ese mismo año en Chile en el mes de setiembre. Después de menos de tres años de gobierno democrático, nuevamente Argentina sufrió el 24 de marzo de 1976 el más feroz golpe de Estado.

Junto con esos procesos fueron también estrechándose las relaciones y los mecanismos de control por parte de los sectores dominantes para contener la oposición de los trabajadores a las políticas implementadas. En efecto, la crisis en el capitalismo de comienzos de los años setenta fue el telón de fondo para la implementación tanto de distintas formas de disciplinamiento laboral como de represión abierta al activismo sindical y social, a partir de políticas comunes y en algunos casos coordinadas por parte de los regímenes autoritarios. Sin embargo, a pesar de esos intentos de desarticulación, el papel de la resistencia sindical fue determinante para promover la salida de esos regímenes —por lo menos en Argentina, Uruguay y Brasil— (Collier Berins, 1991; 1999; Munck, 1989) y para consolidar nuevas alternativas con respecto a las formas de entender el rol del sindicalismo una vez recuperadas las democracias en la región.

En este artículo propongo reconstruir la trayectoria de algunas redes de militantes sindicales argentinos y uruguayos, congregados por su común relación con la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), ya que encontraron en ella no solo contención y apoyo durante la época de las dictaduras en la región sino, también, la formulación de una propuesta ideológica que se adecuaría a la nueva situación creada durante la posterior reconstrucción democrática coincidente a su vez con la crisis del fordismo.

Esa propuesta que la CLAT comenzó a explicitar claramente ya a comienzos de los setenta, al referirse a la necesidad de conformar un Movimiento de los Trabajadores, creemos que reunía las características de lo que posteriormente, en el campo anglosajón de las relaciones laborales, se denominó *sindicalismo de movimiento social*. En efecto, el primero en formularlo en estos términos habría sido Moody, referente del sindicalismo norteamericano, para definir expresiones de acción colectiva que involucraran lazos entre los sindicatos y las organizaciones sociales no sindicales como una opción, entre otras, dentro de la preocupación por la *revitalización sindical*. Este debate tuvo lugar en los países centrales a partir de las últimas décadas del siglo xx, como consecuencia de la pérdida de afiliados y de recursos institucionales por parte de los sindicatos, resultado de las transformaciones en las formas de producción y negociación con el capital. El *sindicalismo de movimiento social* emergería así como contraposición a la tendencia a la concertación entre el sector empresarial y las cúpulas sindicales que había prevalecido hasta entonces, cuya representatividad se encontraría minada. Se trataría de una reacción al sindicalismo corporativo que, en cambio, buscaría recobrar el papel protagónico de la clase trabajadora como un todo (Senén González y Haidar, 2009: 7-8).² Esa opción se caracterizaría por la movilización de las bases, la experimentación con distintos tipos de acción colectiva que trascienden el lugar de trabajo, la construcción de alianzas, su extensión en la comunidad y la adopción de demandas enmarcadas políticamente,

2 Las autoras reconocen un ejemplo de este tipo de sindicalismo en la Central Única de Trabajadores (CUT) brasilera, constituida en 1983.

lo que a su vez aparecen como dimensiones de análisis (Fairbrother, 2008: 214). Se ha destacado también la importancia de factores que incidirían para la adopción de este modelo, como las crisis internas que producen cambios en los liderazgos y la llegada de nuevos dirigentes, la presencia de líderes con trayectoria en otros movimientos sociales dispuestos a revalorizar el papel del movimiento obrero recurriendo a acciones y experiencias innovadoras, así como el apoyo y conexión con organizaciones internacionales que pudieran proveer recursos (Voss y Sherman, 2000).

Ahora bien, esa discusión, surgida en otro contexto, recién se introdujo en el ámbito académico del Cono Sur luego de las reformas de mercado allí implementadas y, sobre todo, al promediar la primera década del siglo XXI, asociada fundamentalmente con la supuesta recuperación de derechos sindicales en la región (Senén González y Del Bono, 2013; Etchemendy y Collier, 2007). Sin embargo, como se podrá observar en el presente artículo, la propuesta de *sindicalismo de movimiento social* habría estado presente desde mucho antes entre algunos sectores del sindicalismo latinoamericano, y particularmente en el Cono Sur, a partir de posiciones que sostenían la necesidad de la unidad latinoamericana y marcados antimperialismo y anticapitalismo, pero promoviendo modelos económicos y formas de organización sindical que se adecuaban a las que entendían eran las particularidades del trabajo en las sociedades del Tercer Mundo.

Los antecedentes de estas propuestas han sido poco trabajados, lo que en sí mismo justifica su tratamiento pero, además, estas posiciones contribuirían a formular estrategias novedosas durante los años de la salida de la dictadura y de recuperación democrática, como serían las subyacentes a la constitución del Plenario Intersindical de los Trabajadores (PIT) en Uruguay, de la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil y, aunque con algunos matices, del Congreso de los Trabajadores (CTA) en Argentina.

De allí que en este artículo intentaré mostrar la conformación de algunas de esas redes con esos contenidos sostenidas por sindicalistas argentinos y uruguayos, así como sus acciones para promover la democratización sindical. Si bien estas propuestas trascendieron a estos dos países, donde tuvo un peso significativo por ejemplo en la experiencia del nuevo sindicalismo brasileño, la selección responde a que tanto Argentina como Uruguay contaban con una tradición de centrales sindicales fuertes controladas ideológicamente, en el caso argentino por el peronismo y, en el segundo, por el Partido Comunista de Uruguay (PCU). El *sindicalismo de movimiento social* contenía, en cambio, un reclamo de mayor pluralismo ideológico y participación de base y cuestionaba cierto verticalismo presente en las organizaciones y centrales sindicales que, según esa posición, debían ser redefinidas a la luz de las formas de organización del trabajo existentes en Latinoamérica. De este modo, aun considerando que solo fueron expresiones minoritarias tanto en Argentina como en Uruguay, considero que resulta interesante su análisis por el sustento ideológico que dieron a la integración latinoamericana proyectada con fuerza tras las salidas de las dictaduras.

Las conexiones y redes transnacionales de diferentes actores sociales han comenzado solo recientemente a concitar la atención de los historiadores y, en general, lo han hecho ligados al desarrollo de los estudios sobre exilios, campo que, en Argentina, empezó a ser transitado sistemáticamente sobre todo a partir de los estudios de Yankelevich y Jensen (2007), de Franco (2008) y de Jensen y Lastra (2014), entre otros. Aportes significativos en esa dirección pueden encontrarse también en los trabajos de Catoggio (2016, 2018), Confino (2018), Basualdo (2006) Ayala (2018) y Scodeller (2016). Los tres últimos autores han investigado específicamente sobre las conexiones internacionales de actores sindicales, al analizar Victoria Basualdo la creación de algunas organizaciones de sindicalistas exiliados y las relaciones mantenidas con centrales europeas. Por su parte, Mario Ayala reconstruyó las campañas de denuncia contra la última dictadura militar argentina

llevadas a cabo por la CLAT y, en particular en el caso de Gabriela Scodeller, las tareas de formación desarrolladas por esa central y por su antecesora, la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC) en los años sesenta y setenta. En un trabajo pionero, esta última autora ha mostrado la importante tarea de la CLAT, particularmente a partir de 1971, cuando en su VI Congreso adquirió este nombre, considerando que se adecuaba mejor al proyecto político-social y económico que promovía y para ampliar las bases de incorporación dentro de lo que empezaron a definir como *movimiento de los trabajadores* que buscaba incluir tanto a asalariados como a otro tipo de trabajadores. Aportó también evidencias para comprender los objetivos del ambicioso programa de formación que lanzó la central, lo que incluyó —entre otras cosas— la creación de la Universidad de los Trabajadores de Latinoamérica (UTAL) en Caracas y el Instituto de Capacitación Sindical para el Cono Sur (Incasur) en Argentina en 1971,³ con la intención de proyectar su acción en este país, Uruguay, Brasil, Paraguay y Chile.

Con relación a los estudios transnacionales sobre los años setenta son también muy importantes los aportes de Aldo Marchesi (2012) sobre las conexiones de los militantes de izquierda que se plasmaron, entre otras iniciativas, en la Junta de Coordinación Revolucionaria en la Argentina peronista.

Los trabajos señalados, al igual que muchos otros sobre las organizaciones creadas en el exterior y sobre las políticas de los gobiernos frente a la problemática de los exiliados y su retorno (Lastra, 2016), sin duda representan aportes fundamentales. Sin embargo, poco se ha avanzado en la reconstrucción de las relaciones que esas organizaciones y redes mantenían simultáneamente con los actores nacionales y regionales, lo que permitiría observar su actuación en múltiples escalas.

En trabajos anteriores (Gordillo, 2017) mostré que algunos de los sindicalistas que mantenían conexiones con organismos transnacionales actuaron como «cosmopolitas arraigados» (*rooted cosmopolitans*), según la definición dada por Sidney Tarrow, que los caracteriza como individuos y grupos que están enraizados en contextos nacionales específicos, diferenciándose así de los exiliados, pero que se comprometen en actividades políticas contenciosas que los envuelven en redes de contacto y conflictos transnacionales, distinguiéndose también de otros compañeros nacionales por su habilidad para sostener sus actividades entre distintos niveles, sacando ventaja de las oportunidades de la sociedad internacional (Tarrow, 2006: 29). Este artículo se inscribe en la misma preocupación que se interroga por los efectos locales de las redes transnacionales, presuponiendo que estas no solo cumplen la función de externalizar demandas sino, también, la de internalizar marcos de sentido cuando existen oportunidades políticas propicias.

Sostengo como hipótesis que ciertas redes tejidas durante la oposición a las dictaduras sobrevivieron en democracia y sirvieron para repensar el modelo sindical. Considero además que los dirigentes que entraron en contacto compartían una similar tradición de lucha antiburocrática, más allá de las diferentes vertientes ideológicas de las que provenían.

Para ello partiré de reconocer y precisar algunos referentes y trayectorias sindicales que remontan en todos los casos a experiencias de confrontación con las dictaduras; de especificar las

3 Los primeros dirigentes que se relacionaron con el Incasur fueron Miguel Gazzera (Trabajadores de Pastas Alimenticias), Horacio Mujica (Farmacia), Alfredo Carazo (Trabajadores de Prensa), Salvador Sánchez (Cooperativas del Gran Buenos Aires), Emilio Valenti (vinculado con trabajadores del campo), Víctor de Gennaro (Asociación de Trabajadores del Estado —ATE—), Cayo Ayala (Navales) y Guillán (Telefónicos). Para entonces Carlos Custer quedó a cargo de la Oficina de Relaciones para el Cono Sur (Orecsur). Estas organizaciones que habían surgido con el objetivo de estrechar vínculos y difundir propuestas ideológicas pronto pasarían a cumplir, como veremos, otras funciones a medida que las dictaduras se fueron consolidando en la región (Entrevista a Carlos Custer, Buenos Aires, 1.º/3/2016).

propuestas y marcos de sentido compartidos acerca de cómo debía entenderse el papel de los sindicatos en la nueva coyuntura democrática, así como de algunos canales de circulación de la información y estructuras movilizadoras encontradas que permiten pensar en la utilización de estrategias comunes, más allá del éxito obtenido, durante la primera etapa de reconstrucción democrática.

Las conexiones sindicales argentinas y uruguayas

En este apartado desarrollaré las evidencias encontradas de las relaciones entre algunos dirigentes sindicales argentinos y uruguayos, a través fundamentalmente de su vinculación común con la CLAT, de tradición social-cristiana y humanista.

Esa central, que había nacido en 1954 en Chile como CLASC, hacia 1971 modificó su denominación. Desde unos años antes venía discutiendo su orientación, muy influenciada por distintas vertientes de la teología de la liberación y por la conveniencia de autodefinirse como una organización de trabajadores más que de sindicalistas. En esa dirección se había producido también en el Congreso de Luxemburgo de octubre de 1968 el cambio de nombre de la Confederación Internacional de Sindicalistas Cristianos (CISC) por el de Confederación Mundial del Trabajo (CMT), en el que se votó la incorporación del argentino Carlos Custer para desempeñarse como secretario general adjunto.⁴

Las discusiones sobre la denominación tenían que ver con la decisión de favorecer los distintos movimientos sociales que bregaban por mejorar la condición de los pueblos en América Latina frente a los gobiernos opresores de la región, asumiendo una posición de clase por encima de cualquier adscripción ideológica. La central cristiana estaba representada en Argentina por la Asociación Sindical Argentina (ASA), que, al igual que su par, la Asociación Sindical Uruguaya (ASU), pretendían constituir una corriente interna dentro del sindicalismo sin cuestionar la unicidad del modelo sindical. Apostó a expandir sus organizaciones aun en medio de gobiernos dictatoriales, como era el de Argentina en 1967, y decidió el 25 de febrero de ese año reunir a representantes de sindicatos latinoamericanos del sector público en la ciudad de Chapadmalal para conformar la Confederación Latinoamericana de Trabajadores del Estado (CLATE). Entre sus fundadores se encontraban Carlos Custer, de ATE y el uruguayo Luis Iguini, dirigente del PCU. En efecto, el congreso reunió a trabajadores de distintas corrientes ideológicas.

Los argentinos ligados a la central cristiana encontraron en el programa del Primero de Mayo de 1968, levantado por el CGT de los argentinos, y en la figura de su secretario general —Raimundo Ongaro— la concreción de su propuesta para el movimiento obrero, de allí que se convirtieron en los principales sostenedores de la propuesta. Custer participó en 1968 de una conferencia internacional de trabajadores en Santo Domingo acompañando a Ongaro. Con posterioridad, estando Ongaro preso por la dictadura en 1970, la CLASC-CMT propuso su elección como miembro del Consejo de Administración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en claro desconocimiento de lo establecido por el gobierno.⁵

Como señalamos, en 1973, al mismo tiempo que se recuperaba la democracia en Argentina, un golpe de Estado se imponía en Uruguay. Con el compromiso de defensa de la democracia, tal como lo establecían los estatutos de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), esta convocó a una huelga general que duró quince días. Luego de ella, el 4 de julio, el gobierno solicitó la

4 Bottaro, J. (1985). «25 años de movimiento sindical uruguayo». Suplemento especial de *Avanzada*, Montevideo, p. 56.

5 Entrevista a Carlos Custer, Buenos Aires, 1.º/3/2016.

captura de 52 de sus dirigentes, a la vez que disolvía la organización, que pasó a funcionar en la clandestinidad. En el mismo mes fueron requeridos nueve dirigentes más, entre los que estaban los bancarios Aníbal Collazo, José Cogorno, Hector Goñi, Víctor Semproni y Carlos Fasano (Ciganda, 2007: 33). Esto provocó la salida del país de muchos militantes y dirigentes con destino a Chile, presidido todavía por Salvador Allende, y a la Argentina democrática tras el triunfo de Héctor Cámpora en las elecciones de marzo.

Muchos uruguayos llegaron a Buenos Aires durante 1973-1974. Entre ellos se encontraba el dirigente bancario Hugo Cores, arribado en 1973 y principal organizador en Argentina del Partido para la Victoria del Pueblo (pvp), fundado en julio de 1975 en el partido de Lanús. Para 1975 Cores ya había sido detenido en Buenos Aires, por lo que la dirección del pvp recayó en otros exiliados: Gerardo Gatti, presidente del Sindicato de Artes Gráficas (SAG) y vicepresidente de la CNT, y León Duarte, secretario de la Fábrica Uruguaya de Neumáticos SA (Funsa), también dirigente de la CNT. En setiembre de ese año dieron a Cores la opción de salir del país, por lo que se fue a París (Chaves, 2015: 206). Ya habían comenzado a actuar en Argentina redes paramilitares y de inteligencia que anticiparían las prácticas de terrorismo de Estado de la futura dictadura instalada en marzo de 1976.

Casi toda la conducción inicial del pvp fue detenida y desaparecida en Buenos Aires. El que sobrevivió fue Mauricio Gatti y los sindicalistas Gerardo Gatti y León Duarte estuvieron secuestrados en el centro clandestino Automotores Orletti entre abril y junio de 1976. Allí también estuvo el trabajador de Funsa Washington Perro Pérez, quien luego fue refugiado del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) y estuvo exiliado en Suecia (Chaves: 2015: 209).

Por su parte, en Uruguay, en febrero de 1976 fue detenido el presidente de la Asociación de Empleados Bancarios de Uruguay (AEBU) Antonio Marotta y se autorizó la salida del país de Carlos Bouzas, quien en mayo de 1976 organizó en Madrid el Organismo Coordinador de la CNT en el exterior.

Cuando se produjo el golpe de Estado en Argentina, el 24 de marzo de 1976, la CLAT activó sus canales de comunicación y denuncia a partir de la edición de su *Informativo* cuyo primer número apareció en abril del mismo año. Este serviría para instalar las denuncias sobre violación de los derechos humanos y sindicales en el escenario internacional, a la vez que como nexos entre distintos activistas que podían incluso encontrar recursos para organizarse más allá de lo permitido por los gobiernos dictatoriales. Una acción fundamental era conseguir atraer la mirada internacional sobre la situación nacional.

El primer paso en este sentido fue cuando el 3 de setiembre de 1977 se produjo el arribo a Uruguay de la primera delegación sindical internacional integrada por Eduardo García de la CLAT y Jan Kulakowsky de la CMT.⁶ Para lograr su concreción fue muy importante la tarea desarrollada por la ASU, organización intersindical constituida en 1960,⁷ que al año siguiente de esa visita intentó organizar con esos apoyos un III Encuentro sobre la Problemática Regional de la Cuenca del Plata en Montevideo. Los anteriores habían sido en Santiago de Chile y en Buenos Aires, pero este no fue autorizado por el gobierno.⁸

6 Bottaro, 1985, cit., p. 99.

7 ASU surgió como expresión del sindicalismo humanista cristiano adherido a la CLASC, pero a fines de los años sesenta acompañó el proceso de radicalización ideológica operado dentro de la central y adoptó una definición clasista y una posición anticapitalista y antimperialista, en sintonía con la línea adoptada por la teología de la liberación.

8 Bottaro, 1985, cit., p. 99.

Para la misma época y, se presupone, como parte de similar iniciativa, varios activistas de CLAT conformaron el 8 de setiembre de 1977 en Argentina el Consejo Coordinador de Acción Sindical (CCAS). El primer secretario del CCAS fue Miguel Gazzera (Trabajadores de Pastas Alimenticias), junto a quien se reunieron varios nombres que tendrían un importante papel en la oposición a la dictadura, como Alfredo Carazo (Trabajadores de Prensa), Víctor de Gennaro (ATE), Cayo Ayala (Navales) y Julio Guillán (Telefónicos), entre otros.

Con el apoyo del CCAS, en diciembre de 1977 se reunieron en Buenos Aires durante tres días en la Casa de Nazareth de la Iglesia de la Santa Cruz, trabajadores estatales prescindidos y expulsados de la ATE, con la intención de conformar una agrupación interna de oposición a la conducción de Horvath y al gobierno dictatorial y de la cual participaron representantes de nueve seccionales del interior del país. El día 12 quedó constituida la Agrupación Nacional de Solidaridad y Unidad de ATE (Anusate), agrupación que se planteó desde su origen con un carácter ideológicamente plural. Allí se congregaron dirigentes con trayectorias importantes, varios de quienes habían integrado la antiburocrática CGT de los argentinos, que retomaron sus banderas al identificar como sus enemigos a la burocracia sindical, a la dictadura y al imperialismo, con la pretensión de confluir en un movimiento político que replanteara las bases de la sociedad capitalista.

En 1979 tanto el gobierno militar argentino como el uruguayo propusieron una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que intentaba modificar el modelo de organización existente y que en ambos casos fue rechazada por los sectores mayoritarios del movimiento sindical: en el caso argentino principalmente por quienes hacia finales de ese año conformarían la que pasó a ser conocida como CGT Brasil, liderada por el cervecero Saúl Ubaldini.

A partir de 1982 la oposición a la dictadura comenzó a plantearse más abiertamente. En Argentina, la protesta sindical se materializó en la convocatoria a un paro general con movilización el 30 de marzo bajo el lema «Paz, pan y trabajo», donde hubo una fuerte represión. ASU apoyó esa movilización y repudió la represión, señalando también la solidaridad de la Confederación General Democrática del Trabajo francesa, de la Federación de Trabajadores Italianos, de la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT), de la Central Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), la CMT y la CLAT, entre otras.⁹ Cuando el 2 de abril el gobierno argentino ocupó las Islas Malvinas para iniciar la guerra contra Inglaterra, ASU se pronunció por no confundir la reivindicación de soberanía con la ilegitimidad del gobierno que las había ocupado, intentando generalizar la demanda de soberanía como una común a toda América Latina, lo que convertía a las islas en patrimonio de todos y los comprometía en su defensa, pero sin restringir el concepto de soberanía a lo territorial:

Las Malvinas y Nosotros: Solo el Pueblo salva al Pueblo

Por el derecho que tienen los hombres y los pueblos a no ser explotados ni oprimidos, las Malvinas *son del pueblo argentino y latinoamericano* [...] [Es necesario] hacer un llamamiento urgente para reforzar dentro de estas expectativas la solidaridad de la CLAT y de todas sus organizaciones para con el pueblo y los trabajadores de Argentina que incrementen ahora su acción no solo para consolidar la recuperación legítima de las Islas Malvinas sino también para acelerar el *advenimiento en su país de un régimen democrático auténtico como base indispensable para el pleno ejercicio de la soberanía nacional y popular*...¹⁰

Resulta muy interesante también el comunicado de la Federación Latinoamericana de Trabajadores Bancarios y de Seguros, entidad afiliada a la CLAT, que retoma

9 *Avanzada*, año 2, n.º 6, Montevideo, abril de 1982, pp. 19-21.

10 *Avanzada*, año 2, n.º 7, Montevideo, mayo de 1982, pp. 18-20. Las cursivas son mías.

... aquella frase de *un líder continental*: el año 2000 nos encontrará unidos o dominados cobra hoy una vigencia inusitada y un valor militante inobjetable. Ante tal evidencia resulta impostergable que los trabajadores de la región vuelvan a revisar y discutir exhaustivamente el sentido de su alienación internacional. Porque resulta una incongruencia encolumnarnos detrás de proyectos que responden a la estrategia imperial, tanto del este como del oeste...¹¹

A los comunicados anteriores se sumaron las adhesiones de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores de Comercio (CLTC) y de la CMT el 29 de abril pidiendo la solución pacífica del conflicto bélico, y el de la CIOSL que deploraba cualquier intento de usar conflictos externos «como vehículo para distraer la atención de las necesidades reales de una vigencia efectiva de la democracia y los derechos de los sindicatos en Argentina»; aunque al mismo tiempo declaraba su «completa solidaridad con su filial, el Sindicato General de Empleados de las Islas Falkland, en que se mantenga el respeto por los derechos humanos y sindicales en las islas».¹²

Para entonces, también en Uruguay habían comenzado a congregarse dirigentes provenientes de distintas vertientes ideológicas, muchos de ellos jóvenes que se iniciaban en la vida sindical y que planteaban una renovación del sindicalismo a través de prácticas de mayor horizontalidad y autonomía frente a lo que consideraban como anterior dependencia del PCU, orientación preponderante dentro de la CNT. Esas iniciativas terminaron por dar forma en 1982 al PIT. Sus primeras reuniones se realizaron en el local de ASU. Dada su organización flexible y los vínculos con las bases, el PIT tuvo una especial capacidad para la movilización y se convirtió en uno de los más importantes articuladores en la lucha contra el régimen autoritario. El 1.º de mayo de 1983 el PIT llevó a cabo la mayor demostración desde 1973, en la que llamó explícitamente al inmediato retorno a la democracia, lo que lo catapultó a la arena política y marcó formalmente su nacimiento como organización. Los principales protagonistas de ese acto fueron Juan Carlos Pereyra (Funsá), Héctor Seco (Inlasa, metalúrgicos), Richard Read (cerveceros), Andrés Toriani (Círculo Católico, salud) y Juan Ciganda (AEBU).¹³ Ellos hablaron en representación de 47 asociaciones que agrupaban cerca de cuarenta mil trabajadores. A pesar de esto, el PIT no fue reconocido por el gobierno en el envío de la delegación uruguaya a la conferencia de la OIT de ese año, por lo que a través del argentino Carlos Custer (ATE), integrante del comité confederal de la CMT y del comité ejecutivo de CLAT, que visitó Uruguay del 25 al 27 de mayo, se ofreció a Ciganda y Read integrar la delegación de la CMT para participar de esa conferencia y plantear queja contra el gobierno uruguayo. Ellos viajaron y recibieron una clamorosa recepción, además estuvieron en Oslo donde se procedió a la expulsión formal del representante de la CGT Uruguay.¹⁴

Dentro de las iniciativas para propiciar acciones conjuntas en pro de la democratización, es de destacar la de ASU de organizar la reunión de trabajadores del Cono Sur en Montevideo en julio de 1983. Estuvieron, en representación de Brasil, J. P. Márquez; de Chile, R. Arancibia, y, por Argentina, Custer, quien señaló que la «primera reivindicación de la CGT RA es el retorno a la democracia, pero aspiramos a una democracia participativa». Por el PIT estuvieron Toriani, Read, Ciganda y Pereyra. Señaló Toriani: «Somos la continuidad de los compañeros presos o en el exilio o de aquellos que ni siquiera sabemos dónde están [...] Hemos visto que tenemos puntos comu-

11 *Avanzada*, año 2, n.º 7, Montevideo, mayo de 1982, p. 21.

12 *Ibidem*, p. 23.

13 Bottaro, 1985, cit., p. 136.

14 *Ibidem*, pp. 137-138.

nes y que las salidas que se buscan son también comunes. La clase obrera uruguaya es clasista, unitaria, solidaria e internacionalista».¹⁵

Por su parte, Custer destacó:

Tres ideas clave surgen de esta mesa redonda: 1) debemos fortalecer las estructuras sindicales para ser instrumento de la construcción de los nuevos sistemas democráticos en nuestros países, 2) es imperiosa la necesidad de búsqueda de la unidad nacional para reconstruir nuestros países, no solo los trabajadores deben participar sino que asimismo los estudiantes, los cooperativistas y otras instituciones y grupos sociales, debe crearse una multisectorial para estar en contacto con los empresarios y los partidos políticos, 3) debemos proyectar la unidad latinoamericana [...] sin patria grande latinoamericana como la imaginó Bolívar ya en 1819 no habrá salida para nuestras patrias pequeñas.¹⁶

Un nuevo encuentro tuvo lugar ese año, esta vez en Buenos Aires el 16 de noviembre, entre la CGT RA —es decir, la conducida por Ubaldini— y representantes del PIT —Toriani, Pereyra, Gomensoro y Read—. En conferencia de prensa los uruguayos destacaron que lo ocurrido formaba parte de una política de integración que los había llevado a asistir también al congreso de creación de la CUT en agosto de ese año en Brasil. La declaración firmada en Buenos Aires proclamaba la voluntad de coordinar esfuerzos para lograr la plena vigencia de las libertades públicas, de los derechos sindicales y de la soberanía nacional y por erradicar políticas económicas inspiradas por los intereses extranjeros y resabios de colonialismo «en el continente de San Martín, Artigas y Bolívar».¹⁷

El 10 de diciembre de 1983, tras su rotundo triunfo en las urnas, asumió el gobierno Raúl Alfonsín de la Unión Cívica Radical (UCR). Siendo candidato había denunciado un pacto militar-sindical en el que no parecía reconocer matices y diferencias entre los dirigentes sindicales, sin valorar las acciones emprendidas por muchos de ellos para conseguir la salida de la dictadura. Ello lo llevó a enviar al Parlamento, a la semana de haber asumido, un proyecto de Ley de Reordenamiento Sindical —planteado como de democratización sindical— sin intentar discutirlo ni acordarlo con los gremios. Este proyecto implicaba modificaciones sustanciales en la forma de elección de las autoridades sindicales que desconocían lo que establecían sus estatutos y que generaron una fuerte oposición del movimiento obrero.

ASU sostuvo una posición muy esclarecedora con relación a esa iniciativa del gobierno argentino, muy diferente a la caracterización que este hacía sobre los objetivos del proyecto:

... En cincuenta días de gobierno el país político ha sido obligado a un enfrentamiento interno, hábilmente presentado como la *confrontación de una parcialidad democrática mayoritaria contra un segmento corporativista, fascista y burocrático* de la sociedad. Quienes hasta ayer corrieron con todo el peso de la movilización que enfrentó al «proceso» hoy son colocados en el banquillo de los acusados y denunciados por antidemocráticos [...] lo que se discute es la metodología y la intencionalidad política que conlleva, enanada en la actitud de soberbia que otorga un porcentaje electoral [...] La solución democrática hubiera sido restituir la LAP [Ley de Asociaciones Profesionales] de 1973, donde el propio Alfonsín integraba el Parlamento y no la *injerencia estatal repudiada por todos los trabajadores y por la doctrina internacional* [agregaban] con este mecanismo se dilatará la discusión de una nueva LAP...¹⁸

15 *Avanzada*, año 3, n.º 16, Montevideo, agosto de 1983, p. 34.

16 *Ibidem*, p. 36.

17 *Avanzada*, año 3, n.º 20, Montevideo, diciembre de 1983, p. 45. Gomensoro dijo: «Yo creo que por lo menos en los últimos treinta años no hay antecedentes de la firma de una declaración de este tipo entre trabajadores argentinos y uruguayos».

18 *Avanzada*, año 4, n.º 22, Montevideo, marzo de 1984, pp. 45-47. Las cursivas son mías.

En esa descripción, como en otras noticias que se difundían relativas a la situación argentina, se encontraba la voz de Alfredo Carazo, quien era el corresponsal de la revista de ASU para estos temas y, como vimos, del grupo fundador del CCAS en Argentina y que sería posteriormente a su vez secretario general de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de Prensa, ligada a la CLAT.

En Uruguay, como consecuencia de la huelga convocada por el PIT para el 18 de enero de 1984 el gobierno decretó su disolución, medida que fue rechazada por la agrupación, que continuó con sus actividades reivindicativas y en pro de la salida democrática. En julio de ese año, Ernesto Molano, secretario adjunto de la CMT, visitó el país y se entrevistó con dirigentes del PIT, del Congreso Obrero Textil, con metalúrgicos y con gremios docentes. No fue autorizado a hacerlo con dirigentes presos pero sí lo hizo con sus familiares y estuvo junto a los 21 que ayunaban por la amnistía y libertad de los presos políticos. En esa oportunidad dio su total apoyo al PIT, señalando las acciones realizadas por esa agrupación a nivel internacional para obtener su reconocimiento, e invitó al pueblo uruguayo a sumarse a la campaña que a nivel mundial se había lanzado contra las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI).¹⁹

Sin duda 1984 fue un año muy movilizado tanto para los argentinos como para los uruguayos. En Argentina, luego del fracaso del proyecto de reordenamiento sindical impulsado por el gobierno, que fue finalmente derrotado en el Parlamento, se había llegado a un acuerdo plasmado en la Ley 23071 sobre Régimen Electoral para las Asociaciones Sindicales. En Uruguay, a la movilización por el reconocimiento del PIT y de los derechos sindicales se sumaron las demandas de amnistía y de salida electoral sin proscripciones. A su vez, varios dirigentes sindicales participaron como candidatos a cargos representativos en las elecciones generales que finalmente tuvieron lugar el 25 de noviembre de ese año. Entre ellos, por ejemplo, los miembros del Secretariado Ejecutivo del PIT J. C. Pereyra (Funsu) como candidato a diputado por la Izquierda Democrática Independiente (IDI), dentro del Frente Amplio (FA), J. C. Asencio (Sindicato de los Tabacaleros) como candidato a diputado por el Partido de los Trabajadores —fundado para entonces— y Guillermo Álvarez —vicepresidente de AEBU— como candidato a diputado por el Partido Socialista de Uruguay (PSU) en el FA, entre otros.²⁰

En ese marco, todos los contactos y redes que se pudieran activar cobraban importancia. Fue así que un grupo de más de treinta militantes sindicales de organizaciones afiliadas al CCAS participó a mediados de noviembre de un seminario programado por el Incasur en Montevideo con el objetivo de tomar contacto con grupos sindicales y cooperativas para intercambiar experiencias en vistas a «unificar trabajos de alcance común, dentro del planteo de superar las barreras que han ido condicionando el desarrollo de la patria grande latinoamericana». ²¹ En el mismo sentido, ASU celebró el triunfo de la Lista Verde Anusate en ATE, encabezada por De Gennaro y Sbarbatti en noviembre de 1984, destacando que su plataforma se centraba en la «renovación sindical contra la estructura y viejos métodos de la burocracia». ²²

19 *Avanzada*, año 4, n.º 27, Montevideo, agosto de 1984, p. 67.

20 *Avanzada*, año 4, n.º 29, Montevideo, octubre de 1984, pp. 19-21.

21 *Avanzada*, año 4, n.º 31, Montevideo, diciembre de 1984, p. 14.

22 *Ibidem*. Bajo el título «Lista opositora arrolló en el gremio de trabajadores estatales» la revista señalaba que la agrupación propiciaba la amnistía general para los destituidos y expulsados del gremio, la autonomía política y financiera de las seccionales y el protagonismo del gremio dentro de la CGT (p. 45). De Gennaro y Anusate fueron los principales promotores de la creación del Congreso de los Trabajadores Argentinos en 1992.

Trascender la lucha corporativa...

Como señalé al comienzo, una de las estrategias del sindicalismo de movimiento social es la experimentación con distintos tipos de acción colectiva que trascienden el lugar de trabajo, en busca de la construcción de alianzas y de su extensión a la comunidad, así como la adopción de demandas enmarcadas políticamente. En ese sentido, tanto en ATE, en el discurso del CCAS, como en las acciones de ASU encontré algunas evidencias de ese accionar.

En el caso de la asociación uruguaya, puede destacarse el apoyo brindado a las organizaciones estudiantiles en reclamos puntuales como en el más general de recuperación de la institucionalidad académica. Con relación a lo primero, por ejemplo, la revista publicó una carta abierta al Consejo de Educación Básica y Superior de un colectivo autodenominado Estudiantes Trabajadores solicitando el levantamiento de inasistencias y una consideración especial en virtud de su condición de trabajadores.²³ Sobre lo segundo, apoyaron y luego comentaron la marcha de «80.000 estudiantes» organizada por la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de Educación Pública (Asceep) al cumplirse diez años de la intervención a la Universidad de la República.²⁴

Del mismo modo, tempranamente, si se considera la visibilidad pública de los desocupados organizados en otros países que, por ejemplo, en el caso argentino recién la obtendría más de una década después, ASU entró en contacto y difundió las convocatorias realizadas por la Unión Nacional de Trabajadores Desocupados (Untrade) para consolidar la entidad.²⁵ Según datos vertidos en una entrevista con Hugo Cameto, dirigente de la entidad, en 1985 la tasa de desocupación en el país alcanzaba el 26 %. Por ello, desde la asociación se bregaba por una política integral de empleo que asistiera al desempleado y que no consistiera solo en pagar parte del salario por seis meses, con lo que —decía— se asistía al empresario. Ese dirigente señalaba que si la desocupación era responsabilidad del empresario, por introducir tecnología sin considerar el mantenimiento de la fuerza de trabajo a través de su distribución equitativa, este debía contribuir a solucionar el problema.²⁶ El contenido de esta entrevista y el lugar central que ocupó en el número de la revista mostrarían la preocupación de la asociación por este tema, coherente además con la propuesta de apoyar una forma de organización de los trabajadores que trascendía a los que se encontraban empleados para incorporar, en cambio, a trabajadores cuentapropistas, temporarios, cooperativistas, entre otras modalidades, tal como veremos era el programa de la CLAT.

Otra línea de actuación permanente fue la defensa de los derechos humanos. En este sentido, ASU difundió y apoyó diferentes iniciativas, como por ejemplo las acciones desarrolladas durante la Semana por los Derechos Humanos, organizada por la Asceep, que contó con la participación de Hebe de Bonafini, dirigente de Madres de Plaza de Mayo de Argentina.²⁷ Del mismo modo, en enero de 1987, ASU convocó a organizarse para sumar a distintos sectores sociales en la reunión de firmas necesarias para solicitar un referéndum contra la recientemente aprobada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. La iniciativa era propiciada por Madres

23 *Avanzada*, año 2, n.º 10, Montevideo, setiembre de 1982, pp. 22-24.

24 *Avanzada*, año 3, n.º 18, Montevideo, octubre de 1983, p. 12.

25 *Avanzada*, año 4, n.º 23, Montevideo, abril de 1984, p. 10.

26 *Avanzada*, año 5, n.º 42, Montevideo, diciembre de 1985, pp. 28-32. El entrevistado señaló como antecedente de la asociación la Comisión Nacional de Solidaridad con el Desocupado que hacia fines de setiembre de 1982 apoyó ollas sindicales en Funksa y otras en el interior, hasta que se vio la necesidad de crear una entidad con un carácter más político que asistencial y así, en diciembre de 1984, surgió Untrade. Destacó que a pesar de contar con mucho apoyo de diversas organizaciones que entienden la problemática, costaba mantener la militancia dado que apenas se superaba la situación se la abandonaba.

27 *Avanzada*, año 4, n.º 24, Montevideo, mayo de 1984, p. 10.

y Familiares de Detenidos y Desaparecidos y se promovía también la recepción de firmas desde Argentina y otros países.²⁸

Posiciones similares adoptaron ATE y el sector de los «25 gremios» en Argentina frente a la cuestión de los derechos humanos. Esas posiciones, desarrolladas desde la constitución de la Anusate, quedaron plasmadas dentro de los objetivos del sindicato en el nuevo Estatuto de ATE aprobado en el 28.º Congreso Extraordinario de los días 1.º al 3 de diciembre de 1988 que, a los más típicamente gremiales, agregaba en el inciso K de su artículo 3: «defender el sistema democrático propendiendo a la defensa plena de los derechos humanos y a la democratización del estado para ponerlo al servicio de la nación».²⁹

En efecto, otro elemento común era el valor dado al Estado como garante del desarrollo, a pesar de que se reconocía la necesidad de democratizarlo. En ese sentido planteaba un papel protagónico para los trabajadores estatales en sistemas de cogestión o autogestión en los organismos del Estado pero, al mismo tiempo, la optimización del sector público a partir de la eliminación de cargos superfluos, la reasignación de recursos humanos y materiales desde áreas improductivas a productivas; es decir, una reforma del Estado que integraba a sus trabajadores. Se insistía en la importancia de reforzar las capacidades estatales como precondition de afianzamiento de la democracia: «Fortalecer el Estado para agrandar la nación»³⁰ era su lema, que denunciaba el proceso de concentración de sectores clave de la economía en manos privadas con parámetros privilegiados y protección del Estado para la acumulación.

A su vez la dirigencia de ATE manifestaba un apoyo irrestricto a la unidad de la CGT pero destacaba que en la normalización de la central y de sus delegaciones deberían tenerse en cuenta los criterios de «unidad, libertad y autonomía sindical, democracia, participación y solidaridad», reivindicando la proyección latinoamericana de la CGT.³¹ También se pronunciaba sobre el contenido de la democracia, al señalar que defendían la democracia política pero querían proyectarla a los campos económico, social y cultural «para realizar una verdadera Democracia Real, con Justicia Social, Participación y Solidaridad».³²

Estructuras y marcos para la democratización: un nuevo desarrollo

La recuperación de la democracia en Uruguay, tras el triunfo de Julio María Sanguinetti del Partido Colorado en las elecciones de noviembre de 1984, profundizó las iniciativas que desde distintos sectores sindicales se venían propiciando para plantear acciones y posiciones comunes con relación al nuevo orden a construir.

Como vimos, ya en 1983 habían tenido lugar dos iniciativas en ese sentido, una en Montevideo y otra en Buenos Aires, y se había avanzado en la conformación de la Comisión Promotora del

28 *Avanzada*, n.º 54, Montevideo, enero de 1987, pp. 3-5.

29 Anteproyecto de Reforma de Estatuto de ATE, Buenos Aires, 1.º al 3/12/1988, p. 3.

30 *Nuevo Horizonte*, s/n, Buenos Aires, 1985, p. 23. Esa expresión se contraponía a la adjudicada a la dictadura que habría sostenido que «agrandar el Estado es achicar la nación».

31 «Documento del I Plenario Nacional Sindical del Movimiento Peronista», Villa Carlos Paz, 29 y 30/5/1986, p. 12.

32 *Ibidem*. Las mayúsculas son del original. Allí se pronunciaban también por la defensa y plena vigencia de los derechos humanos y sociales, la negativa a pagar la deuda externa, la defensa del Estado productor y planteaban que el eje fundamental de la acción sindical y política debía ser afrontar el desafío de la dependencia o liberación. Ese era el verdadero problema del momento y no el de autoritarismo o democracia (pp. 12-13).

Movimiento Popular por la Unidad Latinoamericana (MOPUL), electa en octubre de 1983,³³ que junto con la Universidad de los Trabajadores (UTAL) promovieron la reunión de la Conferencia Latinoamericana sobre la Deuda Externa y el Futuro de América Latina, en Lima, en diciembre de 1984.

Al año siguiente, entre el 2 y 3 de mayo, se reunieron en Montevideo representantes del PIT-CNT, la CUT y la CGT argentina, de centrales de Cuba y de Paraguay (en el exilio) de la CLAT, CMT y FSM para constituir una comisión de trabajo que convocara una conferencia latinoamericana sobre deuda externa.³⁴ En ella, Custer, secretario regional de la CLAT para los países del Cono Sur, recientemente designado a su vez como secretario de prensa de ATE, destacó que los trabajadores debían construir un Frente de Solidaridad Nacional para defender la democracia, compatibilizando su defensa con las reivindicaciones populares, ya que «ambos aspectos no se oponen sino que se complementan recíprocamente».³⁵ Entre el 15 y 18 de julio se realizó en La Habana la Conferencia Sindical de Trabajadores de América Latina y el Caribe por la Deuda Externa, en la que representantes de la CUT propusieron unificar las luchas y fijar el 23 de octubre de 1985 como día internacional de acción continental contra ella.³⁶

Finalmente, en noviembre de 1985, luego de 14 años desde su última reunión, tuvo lugar el III Congreso de la CNT o, como se lo denominó, del PIT-CNT. Sin embargo, este no pudo terminar de sesionar por el retiro de más de quinientos delegados. Los problemas derivaron de no haber podido lograr acuerdo para efectuar enmiendas a los documentos presentados para la discusión, sobre todo en lo que refería al balance y perspectivas. También se habían planteado divergencias en cuanto a la acreditación de algunos delegados, por ejemplo, del sector de la enseñanza.³⁷

Así celebraba que se hubieran explicitado las diferencias porque consideraba que había terminado la etapa en la que los problemas de los trabajadores se trataban a puertas cerradas. Para ellos la cuestión de fondo era definir el tipo de sindicalismo que se quería

... la confrontación está planteada entre los que piensan que el sindicalismo debe ser verticalista, dirigentista y quienes sostenemos que debe ser esencialmente democrático, pluralista, participativo y con independencia de clase [...] No es cierto que esté en peligro la unidad ya que lo que se pretende es que esta sea real y no un slogan más...³⁸

Al fracasar el congreso, se planteó reunirlos en julio de 1986 pero luego se decidió una nueva postergación para mayo de 1987, por desacuerdos sobre cómo debía interpretarse la representación y participación.³⁹

Por su parte, nuevamente del 4 al 7 de marzo de 1986 volvió a reunirse el Consejo de Trabajadores del Cono Sur de la CLAT en Montevideo con la participación de delegados de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Allí dieron la que se conoció como Declaración de Montevideo, que destacaba la necesidad de profundizar los procesos democrati-

33 Esa comisión se compuso con representantes de Venezuela, Chile, Costa Rica, Perú, Ecuador, Uruguay, Argentina —representada por José Rodríguez (Smata) y secretario gremial e interior de la CGT RA— y de Brasil. Por este último país estaban Jorge Vianna, secretario de relaciones internacionales de la CG de Servidores Públicos; Amable Scoop, vicepresidente del Sindicato General de Empleados Públicos de Curazao. También estuvieron presentes el secretario general de la CLAT, E. Máspero, y el secretario adjunto, Eduardo García. *Avanzada*, año 3, n.º 19, Montevideo, noviembre de 1983, p. 34.

34 *Boletim Nacional CUT*, n.º 1, San Pablo, mayo 1985, p. 7.

35 *Avanzada*, año 5, n.º 35, Montevideo, mayo de 1985, p. 40.

36 *Boletim Nacional CUT*, n.º 2, San Pablo, junio-julio 1985, p. 14.

37 *La Prensa Sindical*, año 1, n.º 1, Montevideo, febrero de 1986, p. 10.

38 *Avanzada*, año 5, n.º 42, diciembre de 1985, p. 2.

39 *La Prensa Sindical*, año 1, n.º 4, Montevideo, setiembre de 1986, p. 3.

zadores abiertos, la defensa de los derechos humanos y sindicales y denunciaba las políticas neoliberales implementadas en la región. Señalaba también la necesidad de llevar adelante acciones conjuntas para el pago de la deuda; desarrollar modelos económicos nacionales y de integración nacional y subregional; denunciaba la persistencia de la dictadura en Chile y Paraguay, y declaraba 1986 como el Año de la Solidaridad con los Trabajadores y los Pueblos de Chile y Paraguay, al tiempo que convocaba a la movilización conjunta de todos los sectores sociales para ponerles fin y manifestaba además su apoyo a la revolución sandinista, entre otros puntos.⁴⁰ Entre el 11 y 12 de setiembre tuvo lugar una segunda reunión en Montevideo. Para entonces ya se habían iniciado las tratativas para los acuerdos comerciales entre Argentina, Uruguay y Brasil, por lo que la reunión se concentró en el análisis de los documentos firmados por los respectivos presidentes. La CUT expresó su alerta para que lo fueran también de los pueblos dada la necesidad de «construir una respuesta consistente, fundamentada y unitaria de los trabajadores del Cono Sur».⁴¹

Con relación a aumentar la participación y representación de los trabajadores en las organizaciones, resultan muy interesantes las resoluciones adoptadas por el Congreso del PIT-CNT cuando pudo finalmente sesionar el 29 de mayo de 1987. La Comisión de Organización e Interior planteó a las filiales la exigencia de ampliar la sindicalización y sus obligaciones en materia de información, cotizaciones y aporte militante a la estructura central. Propuso también la creación de un periódico o boletín mensual y una audición radial, así como una comisión fiscalizadora para que controlara la transparencia económica. Acordó el resurgimiento de las mesas zonales en el interior, reafirmando la autoridad de la Mesa Representativa —que se reuniría una vez por mes— sobre el Secretariado que ejecutaría lo que ella acordara. Habilitó también la conformación de una comisión de reforma de estatutos cuya propuesta debería ser sometida a la consideración del próximo congreso fijado entre marzo y mayo de 1989. Se reafirmó a su vez el respeto por el pluralismo ideológico, con la convicción de que el sindicato era el lugar reservado al conjunto de los trabajadores a partir de su identidad de clase. Se alertó también sobre las consecuencias que los cambios tecnológicos traían a la organización del trabajo y la desocupación que acarrearía, por lo que se consideraba imprescindible la formación de los trabajadores para enfrentar esas situaciones, con el apoyo de las universidades y centros de investigación. Finalmente, como plan de acción inmediato, se resolvió trabajar en contra de la Ley de Caducidad, plantear una política salarial común y la lucha por fuentes de trabajo.⁴²

Esa orientación que apuntaba al afianzamiento de la democracia interna, se complementaba muy bien con las definiciones dadas en el IX Congreso de la CLAT reunido en Mar del Plata, Argentina, del 22 al 28 de noviembre de 1987, que condensaron los sentidos acerca del Movimiento de los Trabajadores y de un nuevo orden a construir, pregonados desde comienzos de la década, y que nos permiten sostener la hipótesis acerca de una propuesta de *sindicalismo de movimiento social*.

Ese congreso reunió a más de mil delegados en representación de nueve millones de trabajadores y de él participaron las organizaciones adheridas al CCAs, en representación de Argentina, así como la CUT y ASU. El manifiesto dado es muy representativo de cómo concebían la tarea a desempeñar por la central, los cambios operados en el mundo del trabajo y los desafíos de ese presente:

... La CLAT fue parte solidaria y combativa junto a sindicatos, iglesias, movimientos de pobladores, cooperativas, organismos de derechos humanos y partidos políticos

40 *Avanzada*, n.º 45, Montevideo, abril de 1986, pp. 6-16.

41 *Ibidem*, p. 13.

42 *Avanzada*, n.º 58, Montevideo, junio de 1987, pp. 5-6.

democráticos de la recuperación del sistema político para la democracia y sus libertades. [...] Hoy el desafío más inmediato en el camino de la liberación y de una nueva sociedad es la capacidad del *Movimiento de los Trabajadores* para generar la alternativa de un *Nuevo Desarrollo* que inicie aquí y ahora la superación más urgente de la pobreza, de la recesión y del proceso de marginación en marcha. Desarrollo alternativo que de vigencia concreta a los derechos humanos de los trabajadores que aún tienen empleo, de aquellos a quienes el desempleo y subempleo ha hecho trabajadores informales y cuenta propistas para sobrevivir [...] Un desarrollo distinto [...] en *armoniosa preservación de nuestros bienes naturales*. Un desarrollo que pasa por la *reforma agraria* auténtica e integral, por la *reforma de la tierra urbana*, por las *cooperativas* y por la *autogestión de los trabajadores*, por la *democratización del Estado*, por la articulación e iniciativa de la sociedad civil [...] un nuevo orden universal de paz, justicia, libertad y solidaridad y de efectivo respeto a la dignidad de todos los pueblos. [...] La CLAT asume en la construcción del poder transformador del Movimiento de los Trabajadores a esta *nueva clase trabajadora* que la crisis global ha dado a luz en América Latina. El IX Congreso convoca a todos, los que todavía tienen salario, los desocupados, los que sobreviven trabajando por cuenta propia, los marginados por la injusticia social, los campesinos, los pueblos indígenas, los jóvenes, los niños, la mujer trabajadora, los jubilados y pensionados, los ancianos y los minusválidos, los trabajadores migrantes, los profesionales técnicos que se proletarianizan, los trabajadores de las nuevas tecnologías...⁴³

Estas mismas ideas y lineamientos se reiteraron en el manifiesto de la CLAT del 1.º de mayo de 1988 y en el documento del IX Congreso de ASU en junio de ese año.⁴⁴ La mayoría de ellos serían también destacados en la Propuesta Política de los Trabajadores (PPT), gestada en Argentina y que aglutinó a los sindicatos que venían desarrollando una lucha antiburocrática y contra el modelo económico, tales los casos tanto de ATE, del sindicato de prensa, de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) de Villa Constitución y de otras seccionales que, entre otros, comenzaron desde 1983 a plantear la necesidad de discutir un nuevo modelo sindical.

Ante la inexorabilidad del ajuste lanzado por el nuevo gobierno argentino del peronista Carlos Menem, a partir de 1990 la PPT fue tomando cuerpo. Una serie de encuentros, en mayo, agosto y octubre, fueron construyendo la que definieron como «herramienta política de los trabajadores». Se partía del diagnóstico de que la reconversión global del capitalismo había impuesto un plan político también global que obligaba a replantear el papel del sindicalismo:

... La respuesta que nos plantea el plan hambreador del ajuste es elaborar también una propuesta política desde los trabajadores junto a todos los que resultan víctimas de esta superexplotación y marginamiento. Es imprescindible entonces pasar a la disputa en el terreno político sin renunciar al papel propio del sindicato [...] También se impone una asimilación crítica de los modelos del sindicalismo combativo del pasado que permita, a la par que se rescate su ética de lucha histórica, recrear fórmulas de intervención que ligen al movimiento sindical con todos los sectores de la sociedad afectados por la reconversión capitalista...

No pretendemos transformarnos en un nuevo partido de la noche a la mañana ni practicar un clasismo estrecho y *excluyente*. [...] Nuestra propuesta pretende nutrirse también de la experiencia de los trabajadores y pueblos de todas las latitudes, de *nuestros hermanos latinoamericanos*, para hacer posible la construcción de una alternativa popular con vocación de poder. Solo la íntima relación de nuestros respectivos pro-

43 *Avanzada*, n.º 64, Montevideo, diciembre de 1987, pp. 21-30. Las cursivas son mías para destacar los principales marcos de sentido compartidos por los sectores sindicales conectados a través de la CLAT.

44 *Avanzada*, n.º 70, Montevideo, julio de 1988, pp. 17-36.

yectos permitirá ofrecer un vasto frente unificado que enfrente la política global del capital monopólico que hoy no tiene fronteras...⁴⁵

Finalmente la forma que adoptó esa herramienta política en Argentina fue la del Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA) conformado en 1992, que desde 1996 pasó a autodenominarse Central de los Trabajadores de Argentina, de la que Víctor de Gennaro resultó electo secretario general. El modelo organizativo y la propuesta política, que recogían el proceso de lucha y la circulación de ideas gestadas durante la década previa, aparecieron como una alternativa radical al sindicalismo tradicional.

Reflexiones finales

Este artículo pretendió ser un aporte para la reconstrucción de experiencias que intentaron renovar las prácticas sindicales y dotarlas de nuevos sentidos, enmarcados en los desafíos y discusiones que tenían lugar en América Latina en torno a la salida de los gobiernos dictatoriales y frente a la crisis y reconversión del capitalismo. Se presentaron una serie de indicios para avanzar en la problemática de las relaciones transnacionales entre activistas sindicales. Considero que se pudo demostrar la existencia de redes entre dirigentes y militantes de los dos países, ya desde los tiempos de las dictaduras, amparados por sus conexiones con estructuras mayores que las contenían. El nexo común encontrado fue el de la CLAT y, a través de ella, con la CMT y otras centrales de orientación humanista adheridas. Esas estructuras colaboraron en el amparo brindado para la salida del país, pero también para organizar y sostener con recursos a agrupaciones internas que se oponían a sus conducciones y también para dar visibilidad internacional al PTT. Del mismo modo, tanto el CCAS en Argentina como ASU en Uruguay, apoyaron las iniciativas de distintos sectores sociales que promovían una salida democrática, tanto para la recomposición de sus propias organizaciones como en sus respectivos países. Vimos también que, ya en democracia, las redes construidas en dictadura sirvieron como estructuras movilizadoras para desafiar el orden neoliberal, proponiendo a su vez un nuevo modelo sindical que ampliara cualitativamente la representación de los trabajadores.

En efecto, las agrupaciones estudiadas entendían que frente a la ofensiva global del capital era necesario articular una respuesta y herramienta política integral de los trabajadores que disputara el orden instituido. Esta nueva forma de concebir la democratización, ya no solo centrada en el espacio de la organización gremial ni tampoco en un plano solo nacional, aparecería como una novedad en las posdictaduras, ya que, aunque estuvo en la base de la organización del movimiento obrero en sus orígenes durante el siglo XIX, había ido poco a poco debilitándose a partir de la consolidación de los Estados interventores-benefactores y del consiguiente pacto fordista durante el siglo XX. La crisis de esos modelos parecía abrir oportunidades para repensar también la categoría de trabajador y las formas de su organización en vistas a ampliar la participación ante la desarticulación del empleo formal como paradigma predominante.

Si bien luego de las dictaduras la normalización de las organizaciones sindicales restauró modelos anteriores tanto en Argentina como en Uruguay, la interacción con otras realidades y la discusión sobre el papel del sindicalismo en ellas generó aprendizajes que se plasmarían luego en nuevas formas organizativas. En lo inmediato sirvió para plantear una lucha más amplia por la liberación nacional y latinoamericana, contra la dependencia económica e ideológica iniciada con los gobiernos militares, donde parecía fundamental recuperar la intervención del Estado para mitigar las desigualdades sociales.

45 Documento «El recorrido de la PPT», Buenos Aires, noviembre de 1990, pp. 3-4. Las cursivas son mías.

Aunque sin duda se requiere avanzar en investigaciones que identifiquen nexos específicos entre sindicatos, se ha podido advertir la presencia de los indicadores propuestos por la bibliografía sobre sindicalismo de movimiento social como un marco general de sentido para inscribir las prácticas y estrategias de las experiencias consideradas. En efecto advertí la apuesta a una estrategia movimientista, lo que implicaba no solo extender la organización y la movilización de las bases sino, también, la búsqueda de conexión con otros sectores sociales, sosteniendo un programa de acción que intentaba ampliar derechos.

Ese tipo de sindicalismo, cuyo debate comenzaba a ser sostenido por algunos sectores todavía minoritarios dentro del movimiento obrero, recuperaría vigencia hacia final de siglo como una de las alternativas posibles para lograr la revitalización sindical.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- AYALA, M. (2018). «Las campañas internacionales de la CLAT contra la última dictadura militar argentina (1976-1982)», en Lastra, S. *Exilios. Un campo de estudios en expansión*. Buenos Aires: Clacso.
- BASUALDO, V. (2006). «Dictadura militar, sindicalismo combativo y relaciones internacionales: apuntes para una historia reciente de los trabajadores», en BASUALDO, V. y otros, *Antología, a 30 años del golpe*. Buenos Aires: CTA.
- CATOGGIO, M. (2016). «Política contra el Estado autoritario, religión y derechos humanos: la impronta regional de un activismo transnacional». *Papeles de Trabajo*, vol. 10, n.º 10.
- CATOGGIO, M. (2018). «Recorrer y tejer las redes del exilio. El caso de una Madre de Plaza de Mayo», en Lastra, S., *Exilios. Un campo de estudios en expansión*. Buenos Aires: Clacso.
- CHAVES, G. (2015). *Rebelde acontecer. Relatos de la resistencia peronista*. Buenos Aires: Colihue.
- CIGANDA, J. P. (2007). *Sin desensillar... y hasta que aclare. La resistencia a la dictadura, AEBU, 1973-1984*. Montevideo: Ediciones Cauce.
- COLLIER BERINS, R. (1991). *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- COLLIER BERINS, R. (1999). *Paths toward democracy. The working class and elites in western Europe and South America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- DO AMARAL, O. (2008). *Estrela nao é mais vermelha. As mudancas do programa petista nos anos 90*. San Pablo: Garconi.
- FAIRBROTHER, P. (2008). «Social Movement Unionism or Trade Unions as Social Movements». *Employ Respon Rights Journal*, vol. 20, n.º 3, pp. 213-220.
- FRANCO, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GORDILLO, M. (2017). «Activismo sindical transnacional en el Cono Sur: algunas experiencias». *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 4, n.º 7, marzo, pp. 68-83.
- JENSEN, S. y LASTRA, S. (eds.) (2014). *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setentas*. La Plata: EDULP.
- LASTRA, S. (2016). *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay*. General Sarmiento: UNLP-INM-UNGS.
- MARCHESI, A. (2012). «La partida decisiva de la revolución en América Latina. Militantes bolivianos, chilenos y uruguayos en la Argentina peronista. Buenos Aires, 1973-1976». *PolHis*, año 5, n.º 10, pp. 226-240. Disponible en: <http://www.historiapolitica.com/datos/boletin/Polhisto_MARCHESI.pdf> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- MOREIRA ALVES, M. H. (1984). *Estado e oposição no Brasil (1964-1984)*. Petrópolis: Vozes.
- MUNCK, R. (1989). *Latin America the transition to democracy*. Londres-Nueva Jersey: Zed Books Ltd.
- O'DONNELL, G. (1982). *El Estado burocrático autoritario 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- SCODELLER, G. (2016). «Political Training and Social Change in the 1960s and 1970s: The Educational Activities of the Latin American Central of Workers (CLAT)». *International Labor and Working-Class History*, n.º 90, pp. 93-110. doi:10.1017/S0147547916000193.

- SENÉN GONZÁLEZ, C. y HAIDAR, J. (2009). «Los debates acerca de la “revitalización sindical” y su aplicación en el análisis sectorial en Argentina». *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 2.^a época, n.º 22, pp. 5-31.
- SENÉN GONZÁLEZ, C. y DEL BONO, A. (2013). *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo.
- TARROW, S. (2006). *The new transnational activism*. Nueva York: Cambridge University Press.
- VOSS, K. y SHERMAN, R. (2000). «Breaking the iron law of oligarchy: Union revitalization in the American Labor Movement». *The American Journal of Sociology*, vol. 106, n.º 2.
- YANKELEVICH, P. (2009). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. Ciudad de México: Colmex.
- YANKELEVICH, P. y JENSEN, S. (comps.) (2007). *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Fuentes

Avanzada, Montevideo

CUSTER, CARLOS. Entrevista, Buenos Aires, 1.º de marzo de 2016.

NUEVO HORIZONTE, Buenos Aires

Documento del I Plenario Nacional Sindical del Movimiento Peronista, Villa Carlos Paz, 29 y 30 de mayo de 1986

Boletim Nacional CUT

La Prensa Sindical

Documento «El recorrido de la PPT», Buenos Aires, noviembre de 1990

Recibido: 1.º/3/2019. Aceptado: 20/5/2019